

PACHAMAMA DOS MUNDOS, DOS VIVENCIAS, UN IDEAL: LA DEFENSA DE LA TIERRA

Judith Raquel Reyes Esquivel

Presentación

Nos cuesta mucho admirar a figuras históricas representadas o almacenadas en los gloriosos archivos. Pero si de repente se presentan como personajes vivos, como conversación calurosa, como amistad permanente, entonces sus palabras permanecen, sus figuras cobran vida y se hacen nuestros amigos. Esto es lo que he tratado de hacer en mi trabajo.

Atrevidamente presento una temática de estudio en la que la vida y el movimiento se dan cita. Dos protagonistas, el General Sandino y el Jefe Seattle, se encuentran, ponen en común su gran amor por su Tierra, su vida, sus ideales, sus hazañas y tentativas; ambos narran su experiencia y cómo el uno y el otro, por caminos tan diversos, quisieron decir a sus seres más queridos, a su misma patria, que la amaban más que a su propia vida; porque la Tierra para ellos era el sentido de su existencia, raíz profunda de su ser. Eran árboles enganchados a la Tierra Madre, y ambos sabían que si eran arrancados de ella, terminarían destruyendo lo que gratis y hermosamente habían recibido. Su Tierra evocaba no sólo el sentido de un trozo de lugar insignificante; su Tierra era significado profundo de su misma existencia, de sus antepasados, de sus seres presentes y de los venideros.

Por eso ambos tuvieron que luchar, y desde su propia experiencia, desde esa amistad que he tratado de reconstruir en forma de cuento, quiero hacer que estos personajes no sólo hablen entre ellos, sino que, al final, terminen siendo conversadores con nosotros mismos.

Ellos tienen algo que decirnos sobre la forma en que ven la vida; sobre lo que se siente si se le quita a uno lo que con tanto amor ha cuidado, y lo que con tanto tiempo ha disfrutado. Y es que al perder la Tierra, perdían sus raíces, su pasado –porque el lugar era permanencia a través del tiempo-. Por esto mimaban su Tierra y la amaban con todas sus fuerzas... Perderla era perder la identidad y, en último término, a ellos mismos. Porque un hombre sin tierra, sin pasado, sin referencia a sus raíces, es un hombre sin sentido.

Ellos quieren demostrarnos en su entrevista cómo la pasión por su Tierra fue capaz de llevarlos a luchar, a enfrentarse al poderoso, a arriesgar la vida, y, aparentemente, a perder la batalla. Pero ellos no han fracasado, sus pensamientos siguen vivos entre nosotros, y su amor infinito a la Tierra se ha hecho ya, a través de la lectura de sus palabras y de sus obras, un deseo de amar, de luchar y de preservar lo que nuestros antepasados también nos dejaron.

Éste ha sido mi intento al desarrollar este trabajo. En él confluyen fondos y acontecimientos rigurosamente históricos, basados en obras a las que remito en la bibliografía y notas.

Muchas son las dudas que asaltaron mi mente al escribir este trabajo, ya que a muchos les pareció una locura mi pretensión, pero para hablar de éxitos hay que lanzarse. Por eso aquí estoy, todo a punto. Mi pregunta ahora se dirige al lector: ¿Lo he conseguido? Él lo juzgará cuando lo haya leído. Yo sólo adelantaré dos cosas: una, que pocas veces he disfrutado tanto haciendo un trabajo; y otra, que ¡ojalá termine amando a la Tierra como el General Sandino y como el Jefe Seattle lo hicieron!

PACHAMAMA

Dos mundos, dos vivencias, un ideal: La defensa de la Tierra

Es pleno día y todo parece indicar que no lo fuera. Se me estremece el corazón en este tiempo en el que el “consumismo”, la “civilización”, el “dinero”, la “imposición” y el “afán por la posesión del poder sin freno” mueven nuestras sociedades, porque la condicionan en pleno. El águila rapaz devora al pequeño, sólo porque con su misma sombra le crecen las alas...

Nosotros –gritó Seattle- somos una parte de la Tierra, y yo –dijo Sandino- deseo una Patria libre que pueda dirigir sus pasos por ella misma. Unamos nuestras fuerzas, aunemos nuestras voces, derramemos nuestra sangre hasta que la misma Tierra la empape y brille por fin una Tierra que mane leche y miel...

Es de noche. Los corazones de algunos hombres están helados y meten frío en sus acciones... ¡Siento mucho frío! Y oyendo tu palabra, Gran Jefe, siento un fuego intenso que me ha prendido por dentro. Vos sos valiente, mientras tu agresor es cobarde y te amenaza con sus armas, no tiene otro medio; en ellas radica toda su fuerza.

¡Recuerdo –exclamó Sandino- cómo he llegado a la lucha...! Las “palabras” ante el agresor son agredidas y, por ello, mi recurso se convierte en protesta, en acción.

Nací en un humilde pueblo de unas lejanas tierras enclavadas entre lagos y volcanes, en donde el cielo es siempre azul y en donde nunca hace mucho frío. En ese país remoto, sólo hay dos estaciones al año. La que llaman invierno es aquella en la que los nubarrones negros braman por el cielo para luego caer en cántaros de lluvia que empapan la tierra sedienta, haciendo brotar flores silvestres que se mueven con el viento en alegres danzas. Es el mismo tiempo en que los campos se visten de distintos colores: unos, cual sábanas blancas cuando las flores de los plantíos de algodón se convierten en motas; otros tienen el color dorado de las espigas de trigo; otros se visten de rojito del café... Y todo ¡gratis!... Porque la Madre Tierra abre sus entrañas para entregar el fruto que luego... –alude con tristeza-, que luego se llevarán a otras tierras.

–Con gran voz interrumpe Seattle, haciéndose eco de la voz de su Pueblo– “¿Qué es lo que quiere el hombre blanco? ¿Cómo se puede comprar el Cielo, o el calor de la Tierra, o la velocidad del antílope?... Es que, acaso, podréis hacer con la Tierra lo que queráis sólo porque un Piel Roja firme un pedazo de papel y se lo dé al hombre blanco?”

¡Mmm! -suspira con emoción nuestro General, y prosigue-. La otra estación es la seca, llamada verano, en la que el sol quema con más fuerza, como la sangre que arde en mis venas; los vientos levantan oscuras cortinas de tierra erosionada que van a caer a la ciudad. Es el tiempo en el que el campesino comienza a preparar la tierra para recibir después el agua y la simiente que la hará germinar...

¡Oh, Gran Jefe!, vos sabés que mi país, -aunque es pequeño, uno grande lo sueña²- es el mayor de los países centroamericanos, puente y enlace entre el norte y el sur del Continente. Pero desde hace tres décadas es un país en guerra, lo ven tan lindo que han querido hurtar su belleza. Es una perla preciosa que, aunque saqueada, reverdece de encanto; es emocionadamente verde.

Primero vinieron los antiguos conquistadores. Después, Gran Jefe, su belleza ha sido zarandeada por el ruido de sus volcanes y el calor de su lava, por los movimientos naturales de una tierra que, joven, vibra en adolescencia. Y luego vino el águila feroz que, creyéndose su dueña, quiso posar sus garras en él. Pero no te creas que esto fue así nomás. Una ironía del destino haría que un pequeño radio territorial, en Niquinohomo –Departamento de Masaya- naciera yo, Augusto César Sandino. Mi pueblo, de casi 10 km de radio, estaba formado por campesinos que vivían en chozas de paja y lodo y que trabajaban como peones en las plantaciones de café, de maíz, tabaco y platanales.

Mi nacimiento fue casi un asombro y una verdadera sorpresa. Mi mamá, Margarita Calderón, era una campesina que recogía café en la propiedad del que sería mi papá Gregorio Sandino, quien supo que yo venía en camino, pero... ¡vos ya sabés, las normas son las normas!... Mi papá se tuvo que casar con otra mujer de su misma condición social...

1. Véase la carta del jefe Seattle: *Nosotros somos una parte de la Tierra*. Barcelona, editor: José Olañeta, HESPERUS, 1993, pp. 33 y 34.

2. Idea cogida del Gran poeta nicaragüense Rubén Darío.

Así te podés imaginar mi infancia, una vida común y corriente, llena de distintos acontecimientos, de amor y de salud, de alegrías y angustias, de guerra y de paz, de pobrezas. Crecí en privaciones hasta de lo más indispensable, y así fue cómo mi infancia maduraría entre interrogantes sobre “la verdad de la justicia”. Aprendí que Mi Tierra era Tierra fértil... generosa... plena... y que estaba llena de gentes laboriosas y contentas. Se impregnó entonces en mi corazón un carácter recio y digno que, tiempos más tardes, se convertiría en lucha por la libertad y en conservación de sus costumbres ancestrales.

¡Oh, Mi Tierra!, –suspiró Sandino como sumido en un sueño convertido en realidad. Sí, Mi Tierra es historia, es india bonita, es sabor a comida típica, es olor de sacuanjoche, resedas y madroños; sus leyendas, historias y caminos... Centenares de hombres que defendieron la Patria. ¡Oh, Mi Tierra...! Mi Tierra, es también la suya amigo, ¡estoy seguro que la ama tanto como yo! ¡Te aseguro que nunca me imaginé que llegaría a asumir en nombre de todo el pueblo la actitud de defender su Soberanía Nacional!

Tendría veinte años; era cualquier cosa menos un cipote.³ Dejé mi casa y busqué la manera de hacer mi vida por mí mismo; recorrí haciendas y plantaciones trabajando como ayudante de mecánica. Allá por el año 1920, próximo a casarme nada menos que con mi prima Merceditas, me vi envuelto en un mal asunto; de golpe y porrazo herí a Dagoberto Rivas en Niquinohomo; fue un asunto de honor, ya sabes, tengo en mis venas la sangre de un indio, y cuando éste se me sube a la cabeza... ¡¡zass!!, sucede lo que aquí te estoy diciendo. La hora convenida fue la de la Misa dominical, en la iglesia parroquial. No se quedó así, tuve que huir, ahí nomasito, a la Costa norte de Honduras con mi primo Santiaguito. Este hecho tendría mucho que ver en mi vida futura.

Ya en Honduras trabajé en esa fiebre del banano. Era una especie de “lejano oeste tropical”, con trabajadores variopintos: nicas, ticos, hondureños, etc. Los ratos libres aprovechábamos para ir a la cantina; allí eran comunes los crímenes, los duelos a balazos... De pronto me sentí sumido en un peregrinaje que yo creí eterno. Me emplearon en la ceiba, como guardalmacén del Ingenio de Montecristo; después mi viaje continuó y volé hacia Guatemala, donde logré colocarme como peón bananero en las plantaciones de la “*United Fruit Company*” en Curiguás; allí mismito me fui a México y comencé a trabajar en Tampico para la *South Pennsylvania Oil Co.* Poco tiempo después pasé al campamento que la *Huasteca Petroleum Co.* tenía en Cerro Azul, Estado de Veracruz; y fui nombrado jefe de un departamento de venta de gasolina al por mayor, en el que permanecí hasta que mis sueños cotidianos revelaron añoranza por Mi Tierra...

Venían entonces a mi corazón melancólicas melodías; quería sentir el olor a Mi Tierra mojada, beber el pinolillo, del que me sentía honroso –arguyó Sandino entre risas- pues ya sabés, soy puro pinolero, nicaragüense por Gracia de Dios; quería ver la variedad de flores con sus tamaños, figuras y colores; quería ver

3. Niño.

los hermosos sacuanjoches que bordeaban los caminos... En espejismos veía llamaradas de malinches que aparecían de pronto poniéndole gracia y señorío al paisaje... Quería ver, tocar y sentir a Mi Tierra preciosa, llena de gentes cordiales, sencillas y acogedoras; llena de esa buena gente que hoy tanta falta nos hace.

¡No me extraña! –interrumpió Seattle con una agitada voz- *“La Tierra, Mi Tierra, contiene las almas de nuestros antepasados. La Tierra es nuestra Madre”*.⁴ Ahora –prosiguió Seattle- te voy entendiendo.

Es curioso, casi no tengo recuerdo de mi infancia, pero si te puedo decir que fui muy feliz. Aprendí la historia de mis antepasados, a través de un lenguaje oral (los viejos, ya sabes, se las traen para ello). Soy de la Tribu india de los Duwamish y había habitado siempre en el territorio situado en lo que hoy es el Estado de Washington, en el noroeste de los Estados Unidos... Pero... –dijo con un rostro entristecido-. ¡Bueno, bueno, no nos pongamos tristes!; la verdad, aunque aún hoy siga doliéndome, tengo que decírtela...

El gobierno de Estados Unidos, al que tú llamas “águila feroz”, y que a mí no me disgusta su apodo –comentó el jefe, protocolariamente me propuso comprar “Mi Tierra”, la Tierra de mi pueblo, de mis antepasados...

Referente a mi origen, ya sabes, persisten numerosos errores de interpretación histórica. Según uno de esos errores, los indios son los descendientes de las diez tribus perdidas de Israel; mientras que otro, nos hace ser descendientes de una colonia de galos fundada por el Príncipe Madoc en 1170... Pero lo cierto es que estas afirmaciones han sido desechadas por haberse demostrado que eran falsas o, cuanto menos, carentes de bases científicas para probar su autenticidad.⁵

¡Pero a lo que vamos, amigo!, si yo te he dicho que te entiendo, es porque no hay mentira en mi palabra. El águila osó en su “impuesta súplica de compra”. Yo me limité a representar a mi gente como su Jefe que era; y si expuse el mensaje fue, entre otras cosas, porque estaba convencido de que el águila y la bondad no hablaban el mismo idioma. ¡Oh!, la Tierra, Mi Tierra es la que produce los cultivos que sirven de alimento a los hombres; es también primordial el paisaje con sus diversos accidentes en los que la fuerza sobrenatural se manifiesta a cada paso, en su imagen misma, en la que no sólo ilustran la forma en que “Mi Pueblo” y “Yo” experimentemos vivencialmente esta identificación, sino que revela el temor reverente que nos inspira la sacralidad de la Tierra como una fuerza inherente que hace posible la vida.

Mi Tierra, a la vez que es vida, me da vida. Por eso *“Cada parte de esta tierra es sagrada para mi pueblo, cada brillante aguja de un abeto, cada playa de arena, cada niebla en el oscuro bosque, cada insecto que zumba es sagrado para el pensar y sentir de mi pueblo. La savia que sube por los árboles trae el*

4. Op. cit. P.31.

5. Véase RIVET, Paul: *Los orígenes del hombre americano*. México, ediciones Colección Popular, 1964.

*recuerdo del Piel Roja. Los muertos de los blancos olvidan la tierra en que nacieron cuando desaparecen para vagar por las estrellas. Nuestros muertos nunca olvidan esta maravillosa Tierra, pues es la Madre del Piel Roja. Nosotros somos una parte de la Tierra, y ella es una parte de nosotros...”*⁶

¡Oh, -dijo sandino- Seattle, hermano mío!, yo también te voy conociendo; pero es que no sólo me tendés la mano, sino que me abris las puertas de tu corazón, y me dejás ver la nobleza, rectitud, honradez, bondad... y una forma de exponer las ideas muy clara y muy sencilla. Pero el águila no te puede entender; ¿no ves que la mal llamada “cultura y civilización” son esencialmente materiales, y no ven más allá de su encorvada nariz...? Pero ¡no te interrumpo, hermano!; seguí, que la sangre en mis venas arde...

... Mi carta fue escrita con sangre. Quería decir en ella que Mi Tierra era una parte de la naturaleza que respetaba y veneraba, y que vivía en ella con armonía. Para que me entiendas mejor, te relato lo que el Jefe Cola Moteada⁷ dijo, y con lo que me siento plenamente compenetrado: *“Hey, hey, hey! ¡Ay, ay! Así habla el anciano cuando sabe que su antigua fuerza y libertad han desaparecido para siempre. Por tanto, hoy podríamos exclamar: ¡Ay! cada cosa tiene su momento. Pensemos durante un instante en la multitud de miembros de las tribus del mundo animal que hemos destruido. Miremos la nieve hoy... ¡Mañana será agua! Oigamos el crujir de las hojas secas que hace apenas unos meses eran verdes y lozanas. Somos parte de esta vida y parece que nuestra hora ha llegado...”*

Después de un largo silencio y unas lágrimas conjuntas, dijo el General: -Seguí, mi hermano, vos me animás en la lucha y me reforzarás en el pensamiento. El águila, en verdad, se ha vuelto oprobio; y si es honor, no lo tiene; pero vos y yo no nos doblegaremos. Mi carácter sincero y tu gran personalidad se van fundiendo. ¡Cómo te entiendo! Cómo cierro los ojos y veo... Veo la sumisión de nuestros pueblos ante el avance engañoso, ante la fuerza del asesino despiadado. Pero sigamos; si vos y yo empezamos, no sólo podemos hablar, sino hacer que escuchen y salven... ¡Todavía hoy es tiempo...!

“... ¿Cómo se puede comprar el Cielo, o el calor de la Tierra?... ¿Cómo podría el hombre comprárnosla?...”. ¿Te das cuenta, amigo, que mi carta está escrita con sangre, porque yo vivía esas escenas, era mi pueblo, la dignidad y la entereza de mis antepasados?

¿Sabés? -interrumpe Sandino- te escucho y tus palabras me hacen verte semejante al sol, me hacen verte como una especie de ser mitológico que fascina y obliga al respeto. Tenés razón: *¿Cómo se puede comprar y vender la Tierra?* Es incompatible con una civilización fundada en la naturaleza; de la misma manera que un camino está hecho para conducirte a un fin, no el fin te conduce al camino, así mismo la belleza de la naturaleza está hecha para el hombre, es

6. Op. cit. pp. 17 y 18.

7. Véase EASMAN, Charles: *Grandes Jefes indios*. Barcelona, editor José Olañeta, HESPERUS, 1993, p.26.

una función viva del hombre como ser central, es la propia esencia espiritual de esa belleza. Es imposible y hasta difícil, Seattle, que el águila, que te considera desde el exterior, comprenda la importancia que tienen para vos los animales y, de modo general, todas las cosas que contiene el universo...

¡Sí! —respondió Seattle, y es más, para nosotros todo objeto creado es importante por la sencilla razón de que conocemos la correspondencia existente entre este mundo y el “mundo real”. Ningún objeto es para nosotros lo que parece ser solamente según las apariencias, porque vemos en la cosa aparente un débil reflejo de una realidad principal. Por esto toda cosa es sagrada y posee un poder según el grado de la realidad espiritual que refleja; así, muchos objetos poseen un poder para el mal, tanto como para el bien, y todo objeto es tratado con respeto. Yo me humillo ante toda la creación; imploro, porque todas las cosas visibles han sido creadas antes que yo y, por ser mis antepasados, merecen respeto.

Traté de conmover el corazón con mi extraordinaria humanidad porque me sentía fuertemente unido a mi tribu, me sentía guardián de su honor, orgulloso de su éxito, y celoso de su bienestar; creí que mi tradición y humano corazón conseguirían más que cualquiera de las sabias leyes que rigen “otras civilizaciones”; estaba dispuesto a emplear todas las energías, y a entregar, incluso, la vida por mi pueblo.⁸

Sandino, amigo mío: “*La Santa madre Tierra es mi Madre, ¿Cómo iba a vender su cuerpo? ¿Cómo podrían pedirnos que aráramos y sembráramos? ¿Cómo podríamos desgarrar su cuerpo?*”⁹ No se trata de un capricho, es profundidad enraizada y arraigada. Y esto aplicado a la naturaleza hizo que me opusiera con tanta vehemencia a las demandas del Gobierno para que dejáramos nuestros valles nativos y nos centráramos en una reserva.

¡Amigo, amigo! Con todo esto aún me añoro más, comentó conmovido Sandino. Estaba yo aún en México... Y llegué a la capital: Managua. ¡Oh, qué linda me pareció Managua! Pero ¿qué ocurre?, pregunté horrorizado. No escuché respuesta, sólo oía cuchichear a las abuelas en las aceras de sus casas; y hasta los más chigüines¹⁰ de 5 ó 6 años ya sabían demasiado... ¡Ah! Comprendí atemorizado y me dije: ni me vendo, ni me rindo. Y mientras hablaba conmigo mismo, escuché un gran alboroto: ¡El águila!, gritaban los pájaros alocados; ¡el águila está aquí!, quiere imponer sus leyes y... la Soberanía Nacional queda relegada... ¡Ah, eso sí que no, eso no lo permitiré! ¡Oh, Mi país, Mi Tierra...! ¡Por algo Diriangén la abonó...!

Me dirigí entonces a saludar a mi familia en Niquinohomo. Desde allí, días después partí para el Norte de mi país; me empleé en la Mina de San Albino.

8. Si afirmo que el indio es capaz de esto por su pueblo, lo hago ateniéndome a lo que varios autores aluden en sus obras. Si bien esta afirmación adolece generalidad en las costumbres de los indios, lo hago por las mismas referencias que traslucen de la carta del jefe Seattle. Véase por ejemplo: MOORE, William, *Guerras indias de los Estados Unidos*. Madrid, ed. Aldeberán, Vol.1, 1993.

9. Op. cit.

10. Pequeños.

Fue allí donde nací a la vida activa de la política, busqué y me identifiqué con otros nobles hombres. Formamos una pequeña columna de soldados, y con mis ahorritos compré unos pocos viejos rifles a traficantes de armas de la frontera con Honduras. Me uní a una guerra librada entre el Partido Liberal y el Gobierno en la Costa Atlántica. Perdimos, pero me reafirmé en mi vocación de lucha. Me sumé en una guerra llamada por la historia "Constitucionalista"¹¹; en ella aparecí como un General del Pueblo que, lejos de rehuir la lucha, participaba en ella brazo a brazo con mis soldados. Una bandera nos distinguía de las demás; sus colores opuestos garantizaban la muerte o la libertad.¹²

Reagrupé a mi tropa y fui a lo que más tarde llegaría a constituir un legendario reducto de la guerrilla sandinista, el Cerro de El Chipote, en el corazón de las montañas segovianas; de allí seguí rumbo hacia la Costa Atlántica, donde estaba el grueso de las tropas liberales. Me entrevisté con el General Moncada, y le pedí armas y municiones para mi gente, pero éste se negó. Fue entonces cuando decidí permanecer cuarenta días y pude darme cuenta de la ambición y desorganización que reinaba alrededor de Sacasa¹³; presencié, precisamente, cómo las tropas de ocupación del águila desarmaban a Sacasa tirando el armamento a las aguas del Río Coco. Yo observé; y en la noche, ayudados por candiles, recogimos todo el armamento del Río, y regresamos hacia las montañas.

Después batimos a las fuerzas del Gobierno en San Juan de Segovia y en Yucapuca. Tomamos la ciudad de Jinotega. Al mismo tiempo que ocupaba el Cerro del Común, frente a la ciudad de Boaco, Moncada se preparaba a la rendición frente a un enviado del águila, un tal Mr. Stimson.

Mi asombro fue mayor, pues recibí un mensaje del Presidente, en el que anunciaba las condiciones del armisticio; pero cuando yo llegue al Cuartel General, ya el desarme estaba aceptado en el Consejo de Generales. Regresé entonces al Cerro del Común y me aparté de mis hombres, para que no me vieran llorar. El águila, seguramente estaría saboreando con Moncada sus buenos mielazos...

Cavilé entonces el eterno destino de Mi Tierra: ¿la venta? ¿La entrega?... Examiné: ¿entregar las armas? ¿Resistir hasta la muerte frente al poderoso aguilón que tiene barcos de guerra, aviones, cañones e infinitos recursos? ¿Sería que era locura resistir? ¿Qué haré? ¿Vender o entregar? También me ofrecían una impuesta compra: a cambio de Mi Tierra: mulas, caballo, dinero... ¡Ah! Y hasta un puesto público como Jefe Político del Departamento de Jinotega... Pero... y ¿dónde metería mi vergüenza?

Por fin decidí: yo no soy un vendepatria; yo no peleaba por un Partido, sino por mi país, por Mi Tierra; me importaba defender mis derechos porque el águila abría sus alas para imponer ya un futuro candidato para la presidencia; y es más, éste no tenía derecho a invadir un pequeño país, ni a imponerle la humi-

11. De 1926 a 1927.

12. Rojo y negro.

13. El presidente de la República nicaragüense durante ese período concreto.

llación. Mi decisión era clara: resistir. Esta decisión transformaría una Guerra Civil de facciones oligárquicas en una larga "Guerra de Liberación Nacional".

Yo —exclamó Seattle— no tomé las armas, pero mis palabras querían ser elocuentes: "... *si os llegáramos a vender nuestra Tierra, amadla, como nosotros la hemos amado. Cuidad de ella como nosotros la cuidamos, y conservad el recuerdo de esta Tierra tal como os la entregamos...*".¹⁴

Pero... ¡ya sabes!, hay palabras que se las lleva el viento; asumo el conocimiento de una vida moderna abaratada de todo lo necesario, donde el hombre, con una libertad financiada por las mismas potencias del poder y del poseer, acaba por oscurecer y embotar la sencillez.

¡Mis ideales, -gritó aún con un tono muy agudo-, auténtica libertad, igualdad entre los hombres! Y todo en mi Tierra, que no es propiedad de nadie, que no la dividimos... Él, el águila y sus secuaces, están irrumpiendo en nuestros valores esenciales; éste quiere Mi Tierra porque tiene un empeño constante por el "rendimiento", por la "efectividad", por la "productividad" de Mi Tierra; él cree que es desaprovecharlas y hacerlas inútiles el no cultivarlas; ése es su argumento, y significa para mí y para mi pueblo el morir en vida. Si me la quitan y me llevan a una reserva, será mi muerte y la de mi pueblo, porque la tierra y nosotros somos una misma cosa: "*Nosotros somos una parte de la Tierra*".

¡Ay, mi General!, existe mucho de insensato en la mal llamada "civilización"; como locos corren tras el dinero hasta que llegan a tener tanto que ya no es posible vivir demasiado para gastarlo. Saquean los bosques, el suelo, disipan los combustibles, como si después de ellos no pudiera venir otra generación que también va a tener necesidad de todo esto...

Pero... hemos de pagar un precio; la gente de fuera determina nuestro futuro; han cortado la cultura de nuestro pueblo. Pero ¿cómo puede ser? Si nosotros ya estábamos aquí, ¿quién les dio permiso de hacer lo que han hecho? ¿Por qué nos quieren desplazar? ¿Qué vienen a hacer los blancos? ¿Por qué quieren destruir todo? Nos han tratado mal y nos han quitado nuestra Tierra con una oferta de venta impuesta.¹⁵ Si estos vienen será la muerte, destruirán todo: la vida, el agua, el aire, los árboles... ¡Todo!...

¿Comprendés, amigo? La Tierra, nuestra Tierra, es Nuestra Madre y Nuestra Protectora, Nuestra Madre Tierra, y nosotros amamos de corazón su misma selva. Por eso muchos amigos nuestros de otras tribus han defendido sus derechos por la misma fuerza. Recuerdo, por ejemplo, al mismo Toro Sentado: cuando se descubrió oro y la irrefrenable marea de buscadores hizo su histórico cruce de las llanuras hasta el paraíso prohibido, éste perdió su fe en el hombre blanco para siempre, y se pronunció completa y definitivamente en defensa de su nación y hogar. Escucha atento sus palabras, aún resuenan en mi corazón: "*Contemplad, amigos míos, ha llegado la primavera; la tierra recibe alborozada*

14. Op. cit.

15. Confrontar al respecto varios vídeos, como por ejemplo: *Los indios americanos; La selva Esmeralda y Bailando con lobos*.

el abrazo del sol y pronto veremos el resultado de este amor. Toda semilla y todo animal despertará. Nuestro ser también es producto de ese misterioso poder, y, por lo tanto, concedemos a nuestros vecinos, incluso a nuestros vecinos animales, el mismo derecho que nosotros de habitar esta vasta tierra.

*Pero, ¡escuchad, amigos!, ahora tenemos que tratar con otro pueblo que era pequeño y débil cuando nuestros antepasados lo vieron por primera vez, pero ahora se ha vuelto poderoso y altanero. Es curioso, pero tiene la firme intención de labrar la tierra y un amor a los bienes materiales que en ellos es una enfermedad... Reclaman nuestra Madre, la Tierra, para su propio uso, apartan a sus vecinos de ella, y la desfiguran con sus edificios y su basura, la obligan a producir fuera de temporada, si está estéril, la obligan a tomar su medicina para que vuelva a producir. Todo esto es un sacrilegio... Hermanos míos: ¡Antes de apoderarnos de la Tierra de nuestros antepasados, tendréis que matarnos!*¹⁶

Sandino, Toro Sentado dijo lo que sentía; además tuvo el valor de ser leal a sus palabras. ¿Te das cuenta que el indio sólo está protegido y limitado por su pudor, su honradez y por la aprobación del resto de su tribu? Todos... todos somos igualmente pobres, porque las distinciones basadas en la "riqueza material" son engañosas...

Estamos llegando al fin –afirmó con ansiedad Sandino- ¡Sí!, -respondió Seattle-, pero no importa dónde pasemos el resto de nuestros días. No quedan ya muchos, pero ¿por qué consternarse por la desaparición de un pueblo? Los pueblos están constituidos por hombres...

Sí, ¡cuánta razón tenés, hermano! El pueblo espera su libertad, yo no soy vendepatria, ¡no!, ¡qué val!; yo no rendiré las armas mientras el águila permanezca en Nicaragua, en Mi Tierra.

Y así fue. Libré combate tras combate. No estaba solo, se hallaban a mi lado mis guerrilleros. Fue una ardua lucha. En el camino vi cómo la Madre Tierra acogía a miles de hijos en su seno para siempre, hasta que el 1 de enero de 1933 vi con mis propios ojos retirarse al águila de Mi Tierra; sin embargo fue una retirada simultánea, porque la agresión y la matanza de la recién creada Guardia Nacional continuó fiel a las directrices del águila. ¡Ése sí, hermano; ése sí que, vendiendo a su patria, mataba y asesinaba a sus hermanos. ¡Ay!, ¡falsos abrazos de paz...! Y es que yo, Augusto César Sandino, General de hombres libres, no cabía en los planes de futuro del presidente de Mi Tierra. Esperaron la noche, hora de oscuridad y de silencio, y sólo Mi Tierra era testigo, sólo Mi Tierra recibió con dolor mi cuerpo¹⁷, mientras dejaba de ser la Tierra tímida, para continuar siendo la heroica sultana de los lagos.

16 Op. cit. p.66.

17 "La noche del 21 de febrero de 1934, cuando Sandino bajaba de la casa presidencial después de haber asistido a una comida con el Presidente Sacasa, el automóvil en que viajaba junto a su padre, con el Ministro Umanzor, es detenido frente al cuartel del Campo de Marte por una patrulla de soldados de la Guardia Nacional, que los conminan a bajarse. Salvatierra y el padre de Sandino son llevados prisioneros por aparte, y los tres generales conducidos por rumbo diferente... Somoza, que veía en aquella medida un golpe mortal para sus ambiciones de poder, reunió la tarde del 21 de

Seattle, amigo mío, estamos llegando al fin. Pero no importa, porque... "nosotros iremos hacia el sol de la libertad... Nuestra causa seguirá viviendo. Otros nos seguirán".¹⁸

-Sí, respondió Seattle, tienes razón: Nosotros somos una parte de la tierra.¹⁹

Bibliografía

- AA.VV.: *Nicaragua y la Revolución Sandinista*. Cuba, Ediciones de Ciencias Sociales. La Habana, 1984.
- AYON, Tomas: *Historia de Nicaragua*. Managua (Nicaragua), ed. Hispamer. Tomos I, II y III, 1993.
- BROWN, Joseph: *El legado espiritual del indio americano*. Barcelona, ed. José de Olañeta, 1991.
- La pipa sagrada. Los siete ritos secretos de los indios Sioux*. Ed. Taurus, 1980.
- CATLIN, George: *Vida entre los indios*. Barcelona, ed. José de Olañeta, 1985.
- CURTIS, Edward: *Guerreros de antaño. El indio norteamericano. Un modo de vida*. Barcelona, vol. VIII, 1994.
- DUBANT, Bernard: *El último indio*. Barcelona, ed. José de Olañeta, 1991.
- EASTMAN, Charles: *Grandes jefes indios*. Barcelona, ed. Hesperus, 1993.
- El pensamiento vivo de sandino*. Selección y notas de Sergio Ramírez. Versión aumentada y definitiva. Edición Universitaria Centroamericana (EDUCA), VI edición, colección Rueda del Tiempo, Managua, 1980.
- KROEBER, Theodora: *Ishi, el último de su tribu. Crónica antropológica de un indio norteamericano*. Barcelona, 1990.
- MOORE, William: *Guerras indias de los Estados Unidos*. Madrid, ed. Alderabán, vols. I y II, 1993. Título original: *History of the Indian wars of the United States*, 1993.
- Nosotros somos una parte de la tierra*. Mensaje de Gran Jefe Seattle al presidente de los Estados Unidos de América en el año 1855. Traducción de Carmen Bravo-Visallante, Barcelona, ed. Hesperus, 1994.
- RAMÍREZ, Sergio: *Biografía de Sandino*. Managua (Nicaragua), Ediciones Ministerio de Educación, 1979.
- RIVET, Paul: *Los orígenes del hombre americano*. México, Ediciones Colección Popular, 1964.

febrero apresuradamente a los oficiales de su confianza y les expuso la necesidad de liquidar a Sandino de inmediato, para lo cual contaba con la venia del embajador de los Estados Unidos en Nicaragua. Aquella voz del procónsul yanqui transmitida por Somoza a los oficiales significaba una sentencia de muerte y todos se dieron prisa en aprobarla. Cuando desde su celda don Gregorio, el padre de Sandino, oyó en el silencio de aquella cálida noche de Managua disparos en la distancia, dijo a Salvatierra: << Ya los están matando; el que se mete a redentor muere crucificado >>. Véase Ramírez, Sergio: *Biografía de Sandino*. Managua, Nicaragua, ediciones Ministerio de Educación, 1979, pp. 71 y 72.

18. Véase *El pensamiento vivo de Sandino*. Selección y notas de Sergio Ramírez, versión aumentada y definitiva. Edición Universitaria Centroamericana (EDUCA), VI edición, colección Rueda del Tiempo, 1980.

19. Op. cit. p. 18.

SETON, Thompson y SETON, Julia: *La tradición del indio norteamericano. Un modo de vida.* Barcelona, ed. Hesperus, 1992.

Tribunal Internacional de la HAYA y Tribunal Permanente de los Pueblos. *El principio de no intervención en las relaciones EE.UU.-NICARAGUA.* Madrid, IEPALA, 1994.